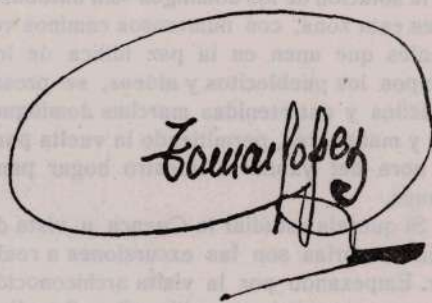


ocuparemos en su correspondiente lugar, y en el cual descansaban. Seguían después hasta Villava, que también tenía su Hospital dependiente de Roncesvalles...». En Anchóriz quedan, todavía, las ruinas de un edificio que llaman «el hospital». En Iroz, también en la ruta jacobea, una antigua ermita de Nuestra Señora de Monserrat, hoy convertida en habitación, que debió de ser hospital. En término de Oloqui, entre Arleta y Villava, en el antiguo camino, vestiglos de una ermita que se llamó Santiagozar. Y en Arre se contempla hoy día la ermita de la Santísima Trinidad, antiguo albergue de peregrinos erigido hacia el siglo VIII o IX. El culto actual es del siglo XVI.

Desde Villava se dirigían los peregrinos a Pamplona, pasando por el sitio del actual manicomio, puente de la Magdalena, a los portales de Taconera, San Nicolás y Nuevo, únicas entradas en aquel tiempo. Otros peregrinos este último trayecto lo hacían por Badostain, donde todavía quedan ruinas de su iglesia románica, hasta hace poco el cementerio del pueblo. En Pamplona hubo diez hospitales para la atención de los peregrinos. El de la Magdalena, donde el puente

de su nombre, el de San Miguel de la Catedral, dos de Santa Catalina, dos de la parroquia de San Cernin, uno de la de San Lorenzo y tres de la de San Nicolás.

Aquí, en Pamplona, reposaban. Y volvían a emprender el camino hacia Puente la Reina, donde se unían a los que habían entrado por el puerto de Aspe, para seguir a Estella, Viana y Nájera. En muchos de esos peregrinos era únicamente la fé la que les hacía olvidar las incomodidades del largo viaje. Y hoy, gracias a ellos, podemos admirar, a lo largo de esa ruta por tierras navarras, tantos monumentos románicos, que si entonces se erigieron para ejercer la hospitalidad, hoy nos sirven de recreo para los ojos.



## LA CUENCA DE PAMPLONA

Por IRUÑAZALE

Pamplona, la capital de Navarra, se asienta sobre una amplia y ventilada meseta.

Desde esta meseta y mirando hacia cualquier punto del horizonte la vista tropieza con un perfecto anfiteatro de montañas azules. En estas montañas están los puertos y accesos a la capital. Velate, Goñi, Echaury, El Perdón, Iso, son los puertos. Irurzun (dos Hermanas), Oskia y el Carrascal son pasos.

Entre los puertos y la Capital una vasta y policroma extensión de tierras que ofrecen a la vista una especie de tapiz cubista de bello colorido; esta es la llamada por los nativos la Cuenca de Pamplona.

Los romanos fueron al parecer los fundadores de Pamplona; eran sin duda algunos duchos colonizadores pues la situaron en el mismo centro de una fertilísima zona y dominando el paso de un río montañoso que nunca falla, «El Arga».

La Cuenca de Pamplona es, pues, un conjunto de Valles y Cendeas.

Las Cendeas son algo así como el riñón o cogollo de esta Cuenca de Pamplona. Estas son las Cendeas de Ansoain, de Iza, de Olza, de Zizur y de Galar. Límitrofes a las Cendeas están algunos Valles que pueden considerarse asimismo de la Cuenca y que son: Ezcabarte, Esteribar, Egües y Aranguren. Apellidos, como veis, todos ellos de purísima raíz euzkérica.

Rica y variada es la producción agrícola de la Cuenca. Y sus campos bien cultivados, producen sin descanso para el consumo creciente de la Capital.

Su enclavación geográfica ayuda de manera eficaz para obtener casi siempre cosechas seguras, ya que sin sufrir los agobios secos de la zona Ribera, pues sobre la Cuenca se recibe mucho la influencia húmeda del Cantábrico; tampoco en los años de humedad excesiva sufre de ésta, como sus veci-

nos los montañeses, pues entonces la templan los aires cálidos del «bochorno».

El cereal es el rey y señor de los cultivos: trigos, avenas, cebadas y maíz; después viene muy bien el menucial: alholvas, arbejas, bezas y girón, todos ellos empleados para forraje de su bien cuidada ganadería (vacuno, caballo y lanar).

También se dan en la Cuenca suculentas leguminosas de fama bien merecida, lenteja y garbanzo, así como la producción cada vez más intensa de patata y remolacha, que tampoco es moco de pavo, en su economía.

Para nosotros los montañeros, la Cuenca es la solución de los domingos «sin autobús», pues esta zona, con numerosos caminos vecinales que unen en la paz idílica de los campos los pueblecitos y aldeas, se presta a fáciles y entretenidas marchas domingueras y mañaneras, permitiendo la vuelta para la hora del yantar a nuestro hogar pamploés.

Si quereis estudiar la Cuenca a vista de pájaro, varias son las excursiones a realizar. Empezando por la visita archiconocida a nuestro vecino y militar San Cristóbal y trepando si nos parece a las más lejanas cumbres de El Perdón, Puerto de Echauri, Lacarri, Elchumendi, Malcaiz y Sierra de Aranguren, que son algo así como los bordes de la taza cuyo contenido es la Cuenca.

Dentro de la misma Cuenca tenemos a Miravalles, Irunzu (excelente pista de esquí cuando la nieve y el hielo bajan hasta Pamplona) y también el monte de Gazolaz o de Arazuri, que a mi juicio es el mejor observatorio de esta zona y además enclavado en el mismo corazón de la Cuenca.

El principal río de la Cuenca es el Arga, cazorro y montañés cuando nace medio contrabandista entre Sayua y Burdindogui; ciudadano después, e industrial y maloliente cuando besa las viejas murallas de Iruña, culebrea más tarde por las Cendeas de Zizur y Olza y se junta luego con las aguas frías y claras de otro montañés, el Araquil, junto a Ibero, y nos dice adiós ya oliendo a tierra Estella, al enfilarse por el riente y florido Valle de Echauri.

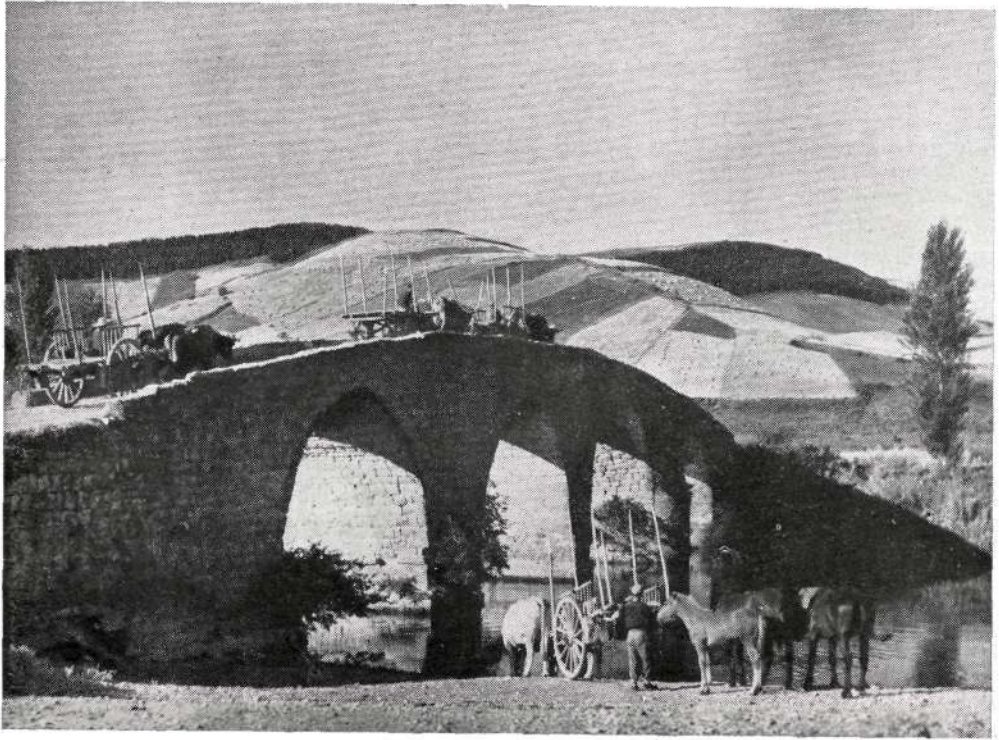
La Cuenca es variada aunque no lo parezca a los ojos superficiales. Pueblos asomados a los cerros, Esparza, Galar, Los Zizures, Orcoyen, Olza. Pueblos fotogénicos

y pintables, colgados en los altos verticales de las ripas, como Barañain, Arazuri, Ororbía, Eriete y la misma Capital, asomada de siempre a su bella Ripa de Beloso. Tiene riachos y arroyuelos que dan variedad y canchales a sus visitantes; el río Elorz o Sadar, el río Al Revés, el Marcalain, el río que baja por Lizasoain y va a morir al Araquil en la bellísima chopera de Asiain... Balsas cazadoras como la de Loza, tan visitada por los del rifle. Viejos castillos que nos recuerdan las gestas y hazañas de los cabos de Armería y el Señorío de los Navarros, como el viejo y panzudo de Arazuri, el casi pamploés de Mendillorri, el semi destruido de Eusa y las viejas casonas de Gorraiz y de Badostain.

Los amigos del arte disfrutarán las bellezas de fama internacional de los retablos archiconocidos de Zizur y de Ororbía, las cruces de piedra, joya de los maestros canteros, como la de Ororbía y Orcoyen, los viejos puentes y calzadas romanas, como el de Orcoyen, antiquísimos escudos de armas en las claves de las portaladas aldeanas; viejas y venerandas cruces parroquiales en Sorrauren y Arazuri; y amén de todo ello, la hospitalidad e hidalguía un poco marrullera y guasona de sus habitantes, siempre dispuestos a obsequiar al forastero sobre todo en época de «mecetas» con los primores de su corral y cocina, llámense birikas, pollos, capones rellenos, callos, chilindrón y su inigualable cordero lechal de fama bien ganada.

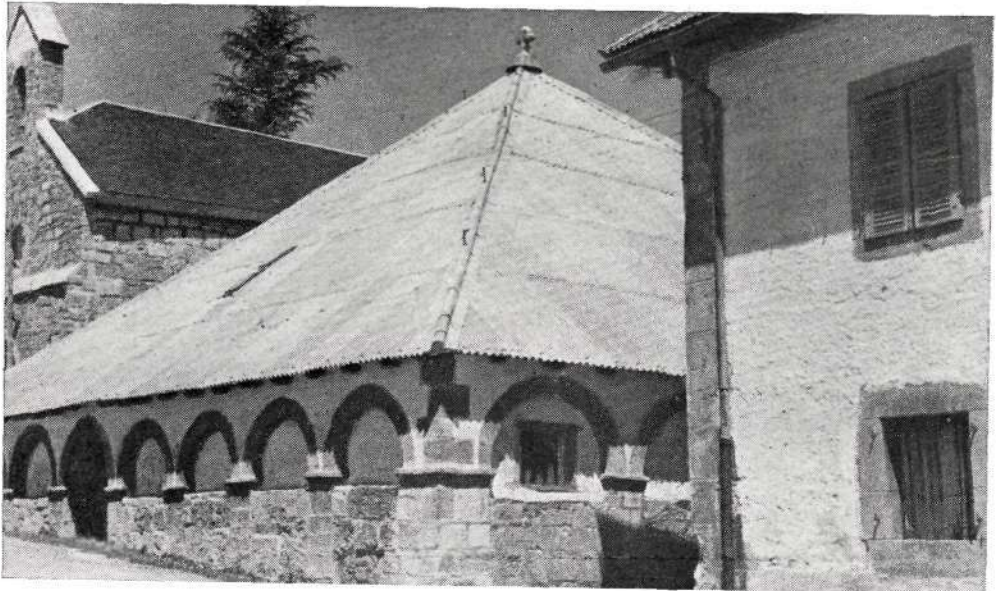
Esta es, amigos lectores, a vuelo de pluma, la característica geográfica y humana de la Cuenca, zona necesarísima para la Capital que se alimenta de ella, así como la Capital es imprescindible a la Cuenca, pues ésta extrae sus economías de la Capital, y si nó que lo digan los «cuencorros», uno de cuyos mayores placeres es la visita del sábado a la Capital navarra donde traen ufanos y satisfechos su mercadería, para volver a dejar sus cuartos en el comercio de la Capital y después cambiar sus impresiones en los restaurantes y cafés bien conocidos de la Capital navarra.

Y ahora, amigos montañeros, a conocer la Cuenca en cuanto empieza la primavera que es cuando viste sus mejores galas entre aromas de flores silvestres y la blancura de los perfumados arañones.



*Acarreando en el puente de Arazurt.*

Foto N. Ardanaz



*Santo Espiritu, de Roncesvalles.*

Foto T. López Sellés